

AL PIE DE LA ESTATUA



AL PIE DE LA ESTATUA

A Caracas.

CON majestad de semidiós, cansado
por un combate rudo,
y expresión de mortal melancolía
álzase el bronce mudo,
que el combate del tiempo desafia,
sobre marmóreo pedestal que ostenta
de las libres naciones el escudo
y las batallas formidables cuenta;
y su perfil severo,
que del sol baña la naciente gloria,
parece dominar desde la altura
el horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
en la grave expresión de la escultura
que el triunfador acero á tierra inclina
con noble y melancólica postura;
y tiene el monumento soberano
alzado de los hombres para ejemplo,
lo triste de una tumba—do no llega
el vocerío del tumulto humano—
y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
y se extiende á sus pies, donde la brisa
que entre las flores pasa
con los cálices frescos se perfuma,

y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y, do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil juega y se pierde
y del lugar la soledad alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua,
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.
Nada la escena dice
al que pasa á su lado indiferente
sin que la poetice
en su alma el patrio sentimiento...

Fija

en ella sus miradas el poeta,
con quien conversa el alma de las cosas,
en son que lo fascina;
para quien tienen una voz secreta,
las leves lamas grises y verdosas
que al brotar en la estatua alabastrina
del beso de los siglos son señales,
y á quien narran leyendas misteriosas
las sombras de las viejas catedrales;
y al ver el bronce austero
que sobre el alto pedestal evoca
al héroe invicto de la magna lucha,
una voz misteriosa que lo toca
en lo más hondo de su ser escucha,

y en el amplio jardín detiene el paso.
Dice la voz de la ignorada boca
que en el fondo del alma le habla paso:
«¡Oh! mira el bronce, mira
cuál se alza, en el íntimo reposo
de la materia inerte,
y qué solemne majestad respira
la estatua del coloso
vencedora del tiempo y de la muerte!
Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos—
que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesas
tronos, imperios, pueblos y ciudades—
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besal

«En la feraz llanura
vivió feliz el indio, cuya seca
momia, por mano amiga sepultada,
duerme en el fondo de la cripta hueca
ha siglos olvidada.
A la orilla del lago
en donde el agua, cuando el sol se oculta
forja un paisaje tenebroso y vago,
ha siglos vino hispano aventurero
atravesando la maleza inculta
á abreviar el ligero
corcel, cansado del penoso viaje
cuyas recias pisadas despertaron
los dormidos murmullos del follaje!

»¡Como sombras pasaron!
¿quién sus nombres conserva en la memoria?
¡Cómo escapa, perdido,
de las hondas tinieblas del olvido

un pueblo al veredicto de la historia!
¡Cuántas generaciones olvidadas,
hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
á la fecunda tierra entremezcladas,
do el humus yace, y se dilata el germen
que no dejaron al pasar más huellas,
con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la que deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos!

»¡Cuántas! Y en cambio, escucha:
una sola, una sola
generación se engrandeció en la lucha
que redimió á la América española!
Y legó á los poetas del futuro,
más nombres que cantar, más heroísmos
que narrar á las gentes venideras,
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas!

»Cuenta la grande hazaña
de aquella juventud que decidida
en guerra abierta con la madre España
ofrendó sangre, bienestar y vida;
canta las rudas épocas guerreras,
de luchas, los potentes paladines
de cuerpos de titán y almas enteras,
que de América esclava, los confines—
desplegadas al aire las banderas,
y al rudo galopar de sus bridones—
recorrieron, llamando á las naciones
con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
que en sus estrofas sonoras cuente
el esfuerzo tenaz, la lidia dura,
que dieron libertad á un continente,

y al hispano dominio sepultura,
haz surgir la figura
del Padre de la Patria, cuyas huellas,
irradian del pasado
en el fondo sombrío,
¡como en las noches plácidas y bellas
Júpiter coronado de centellas,
hace palidecer en el vacío
la lumbre sideral de las estrellas!

»No lo evoque tu acento,
cuando el designio soberano toma
de redimir la América oprimida,
en la hora sublime y taciturna,
en que pronuncia el grave juramento,
do la cesárea Roma,
en la desierta soledad nocturna;
no cuando en el fragor de la batalla,
en sus ojos la idea,
con eléctrico brillo centellea,
mientras que la metralla
y el bronco resonar de los cañones
y el ímpetu de rayo
de los americanos batallones,
pavor y angustia extrema
siembran en los deshechos escuadrones
de los nietos del Cid y de Pelayo;
no cuando la victoria,
como mujer enamorada sigue
el paso audaz de su corcel fogoso
que va á beber del Rímac en las ondas,
y se le entrega loca, y lo persigue;
no cuando brinda opíma
cosecha de placeres soberanos,
á sus sentidos la opulenta Lima,
ni cuando el gran concierto

de un continente, Padre le proclama
y «árbitro de la paz y de la guerra»
y su nombre la Fama
esparce á los confines de las tierra;
no, no lo cantes en las horas buenas
en que, unido á los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales:
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta,
y una lágrima viene á sus pupilas,
y la voz se le anuda en la garganta,
y recobrando brío
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío,
grita «Triunfar».
Y la tristeza exalta
de tenebrosa noche de septiembre
cuyos negros recuerdos nos oprimen,
en que la turba su morada asalta,
y femenil amor evita el crimen
infando... Y luego, cuenta
las graves decepciones
que aniquilan su ser; las pequeñeces
de míseras pasiones,
que, por el campo en que soñó abundante
cosecha ver, de sazonadas mieses,
van extendiendo míseras raíces,
en torno—cual la yerba
que el vigor de los gérmenes enerva
y mata, al envolverlos en sus lazos—
de su sueño más grande hecho pedazos.
¡Di el horror suicida

de la primer contienda fratricida,
en que, perdidos los ensueños grandes
de planes soberanos,
las colosales gradas de los Andes
moja sangre de hermanos!
¡Oh! di cuando clarea
el misterioso panorama oscuro
que ofrece á sus miradas el futuro,
y con sus ojos de águila sondea
hasta el fin de los tiempos, y adivina
el porvenir de luchas y de horrores
que le aguarda á la América latina.
Di las melancolías
de sus últimos días
cuando á la orilla de la mar, á solas
sus tristezas profundas acompaña
el tumulto verdozo de las olas;
cuenta sus postrimeras agonías!

»Otros canten el néctar
que su labio libó: di tú las hieles;
tú que sabes la magia soberana
que tienen las ruinas,
y el placer huyes, y su pompa vana,
y en la tristeza complacerte sueles,
di en tus versos, con frases peregrinas
La corona de espinas
que colocó la ingratitud humana
en su frente, ceñida de laureles.
Y haz el poema sabio
lleno de misteriosas armonías,
tal, que al decirlo, purifique el labio
como el carbón ardiente de Isaiás;
hazlo un grano de incienso
que arda, en desagravio
á su grandeza, que á la tierra asombra,

y al levantarse al cielo un humo denso
trueque en sonrisa blanda
el ceño grave de su augusta sombra!

»Deja que, al conmovirse cada fibra
de tu ser, con las glorias que recuerdas,
en ella vibre un canto, como vibra
una nota melódica en las cuerdas
del teclado sonoro;
la débil voz levanta:
inmensa multitud formará el coro;
¡flota en la luz del sol, estrofa santa!
¡Vibrad, liras sonoras del espíritu!
¡Alzate, inspiración; poeta, canta!...»

¡Oh! no, cuanto pudiera
(así en interno diálogo responde),
del poeta la voz, el bronce augusto
sugerir de emoción grave y sincera,
escrito está en la forma
que en clásico decir buscó su norma,
por quien bebió en la vena
de la robusta inspiración latina,
y apartando la arena
tomó el oro más puro de la mina
y lo fundió con cariñoso esmero,
y en estrofas pulidas cual medallas
grabó el perfil del ínclito guerrero...
¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque
á cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grandel

Calla el poeta, y si la estrofa escande
huye la vasta pompa
y le da blando son de bandolinas
y no tañido de guerrera trompa!
¡Oh sacrosantos manes
de los que «Patria y Libertad» clamando
perecisteis en trágicas palestras:
más bien que orgullo, humillación sentimos
si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras!
Somos como enfermizo descendiente
de alguna fuerte raza,
que expuestos en histórica vitrina
mira el escudo, el yelmo, la tizona
y la férrea coraza
que para combatir de Palestina
en la distante zona,
en la Cruzada se ciñó el abuelo,
al pensar, baja la mirada al suelo,
con vergüenza sombría,
que si el arnés pesado revistiera
de aquel cuya firmeza y bizarría
en el campo feral causaba asombros,
bajo su grave peso cedería
la escasa resistencia de sus hombros...
¡Oh Padre de la Patria!
te sobran nuestros cantos; tu memoria
cual bajel poderoso,
irá surcando el oceano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará á las playas del futuro.
Junto á lo perdurable de tu gloria,
es el rítmico acento
de los que te cantamos,
cual los débiles gritos de contento
que lanzan esos niños, cuando en torno

giran del monumento;
mañana, tras la vida borrascosa
dormirán en la tumba, hechos ceniza,
y aun alzaré á los cielos su contorno
el bronce que tu gloria inmortaliza.

Dice el poeta, y tiende la mirada
por el amplio jardín, donde la brisa
que entre las flores pasa,
en los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y, do bajo lo verde,
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil grita y se pierde
y la tristeza del lugar alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.



PRIMERA COMUNIÓN

Todo en esos momentos respiraba
una pureza mística;
las luces matinales que alumbraban
la ignorada capilla,
los cantos religiosos que pausados
hasta el cielo subían,
el aroma suave del incienso
al perderse en espiras,
las voces ulteriores de otro mundo
sonoras y tranquilas,
los dulces niños colocados junto
al altar de rodillas,
y hasta los viejos santos en los lienzos
de oscura vaga tinta,
bajo el polvo de siglos que los cubre
mudos se sonreían.



PÁGINAS SUYAS



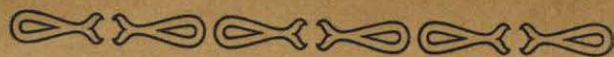
RISA Y LLANTO

JUNTOS los dos reímos cierto día...
¡ay, y reímos tanto
que toda aquella risa bulliciosa
se tornó pronto en llanto!

¡Después, juntos los dos, alguna noche
lloramos mucho, tanto,
que quedó como huella de las lágrimas
un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros, de la orgía
entre las copas cálidas,
y en el agua salobre de los mares
se forjan perlas pálidas.





NOCTURNOS

I

POETA! di paso
los furtivos besos!...

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fué cámara sombría;
en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día;
entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

Poeta! di paso
los íntimos besos!

¡Ah! de las noches dulces me acuerdo todavía.
En severo retrete, do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
rendida tú á mis súplicas, fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería...

Poeta! di paso
el último besos!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
¡El ataúd heráldico en el salón yacía;

mi oído fatigado por vigiliass y excesos,
sintió como á distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda...
La llama de los cirios temblaba y se movía;
perfumaba la atmósfera un olor de reseda;
un crucifijo pálido los brazos extendía,
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!

II

A veces, cuando en alta noche, tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra;
y en alas de las notas á otros lugares
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares,
y en gótico castillo donde en las piedras
musgosas por los siglos, crecen las hiedras,
puestos de codos ambos en la ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría;
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,
y los dos nos miramos y sonreímos
¡mientras que el viento afuera suspira y llora!
.....
¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!



se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras en-

III

*

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de
[músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las lu-
[ciénagas fantásticas,
á mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y
[pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía
[su luz blanca;
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la
[distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
á la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes,
[y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,

se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras en-
[lazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las
[sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tris-
[tezas y de lágrimas!...

IV

OH dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
á quien los más audaces, en locos devaneos
jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
y en cuyos dulces labios—abiertos solo al rezo—
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras en sueños á aquel con quien te sueñas
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñarás de placer en sus brazos,
por aquel de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida! dí, ¿te resistirías?...

